

Homilía. Jueves Santo

13 de abril de 2017

En los Evangelios, a menudo Jesús se sienta a cenar con sus discípulos y amigos, con fariseos y escribas, con recaudadores de impuestos y pecadores públicos. Él comparte la mesa con ellos, disfrutando de la comida y la bebida, esperando tener una buena conversación.

Cuando se sienta con los fariseos y con los escribas, las controversias y pruebas echan a perder las ocasiones. Lo que resulta es alienación, no convivencia de sobremesa. Sin embargo, cuando come con recaudadores de impuestos y pecadores públicos, el encuentro y el diálogo conducen a la conversión y a la salvación. Esta noche nos reunimos con Jesús y sus discípulos en el cenáculo de la Última Cena, con un escéptico, un cobarde, un traidor, un discípulo amoroso. ¿Cuál será nuestra experiencia? ¿Cómo queremos que sea?

La comida que comemos es el mismo Cuerpo de Cristo ofrecido en la cruz para nuestra salvación. Nuestra bebida incluye su Sangre Preciosa derramada para nuestra redención. El Cuerpo Eucarístico y la Sangre de Jesús nos nutren para nuestra peregrinación de fe y nos sumergen en el misterio pascual: el sacrificio de la muerte y la resurrección de Jesús. La Eucaristía es a la vez el signo y la fuente de nuestra unidad como comunidad de discípulos.

En esta comida de Pascua, Jesús hace una demostración simple, pero profunda, de una parábola. Como siervo de Dios, él lava los pies de sus discípulos. Les da a ellos y a nosotros, un ejemplo de

servicio humilde en el reino de Dios. Jesús lava los pies para enseñarnos que debemos servir a los demás, como él lo hizo. Sobre todo, el lavatorio de los pies demuestra el amor permanente de Jesús por sus discípulos, claramente mostrado en la Cruz.

No somos dignos de esta acción. Somos pecadores. Pero el nombre de Dios es misericordia. Él está lleno de compasión. El nuevo mandamiento de Jesús en la Última Cena es: “Ámense los unos a los otros como yo los he amado”, reteniendo nada, excluyendo a nadie del amor de Dios derramado en nuestros corazones, asegurándonos de que todos tengan un lugar en la mesa de Dios y que sus necesidades básicas sean cubiertas.

No es suficiente simplemente ver cómo son lavados los pies de los demás esta noche. Debemos comprometernos a servir a los demás, ayudarlos, especialmente a los más vulnerables de entre nosotros.

Nuestra Madre estuvo con los discípulos en el cenáculo hasta el tiempo de Pentecostés. Nuestra Señora de Guadalupe está con nosotros aquí y ahora, como nos prometió a través de San Juan Diego. Permitámosle que nos abrace con su amor maternal.